LOCURA QUIJOTESCA Y LOCURA TECNOLÓGICA

JOSÉ RAMOS

Universidad de Tamkang, Taipéi (Taiwán)

1. LA LOCURA QUIJOTESCA

Todos sabemos que Miguel de Cervantes escribió *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* como "una invectiva contra los libros de caballerías", según dice el autor en el Prólogo de la primera parte[1]. Cabe afirmar por tanto que el *Quijote* es un libro concebido inicialmente como una parodia o burla de cierto género de libros, donde se habla en todo momento de los libros, y de lo que es consustancial a los libros: el hecho mismo de la lectura, esto es, el *acto* de leer y su *significado profundo*. En tal sentido es acertada esta observación del profesor Luis Gómez Canseco: "Tanto interesaron los libros a Cervantes que los convirtió en la razón de ser de su novela y de sus personajes, que, por legión, leen, guardan sus ejemplares y viven bajo la alargada sombra de la literatura" (Gómez Canseco 138)[2].

Ciertamente, *Don Quijote* es en esencia un ingenioso y originalísimo elogio –se diría incluso una apoteosis– de la lectura y los libros. Todo lo que acontece en esta obra genial e inagotable parece estar motivado por –y generado en– el casi compulsivo acto de leer libros, y todo parece remitir de cualquier modo al significado profundo y a las consecuencias de ese acto. En otras palabras, podemos considerar al *Quijote* como el más lúcido, sutil y hermoso homenaje a los libros y la lectura. Aunque, como afirma Luis Antonio de Villena, sin duda el *Quijote* es "conocido más que leído" (Villena 73).

El inicio del Prólogo es ya todo un expresivo anuncio de intenciones: "Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse". Muy pocos escritores como Cervantes han ofrecido de entrada al

1 *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Ed. y notas de Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara, 2004. En adelante las referencias a la parte y el capítulo correspondientes van directamente en el texto.

2 Gómez Canseco, profesor de literatura española en la Universidad de Huelva, visitó Taiwán en 2005, participando como ponente en un congreso sobre los 400 años de la publicación de la primera parte del *Quijote*, celebrado en la Universidad Providence, Taichung.

lector un trato tan acariciante, seductor, amistoso y respetuoso, y al mismo tiempo tan astuto. En el mismo Prólogo, ese "desocupado lector" al que se dirige y llama su atención de modo tan exquisito, es tratado también como "lector carísimo" y "lector suave". El Manco de Lepanto sabía muy bien cómo halagar y cautivar al lector, por la sencilla razón de que él mismo fue un lector culto e inteligente, caracterizado por su curiosidad infinita y su deseo gozoso de más lecturas. El lector ideal, el lector necesario, el lector que le da su verdadero sentido al acto de leer. Por desgracia, ese lector es hoy una raza en vías de extinción. Pero de esta cierta desgracia hablaré en la última parte de este trabajo.

Todos conocemos –digo, es un decir, diría Rubén Darío– el archifamoso comienzo del *Quijote*: "En un lugar de la Mancha…". Sabemos que en ese lugar innominado de la España profunda vive un hidalgo cincuentón llamado Alonso Quijano, "de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro" (I, 1), y en su casa viven también una sobrina y una ama, más un mozo de campo. A ese hidalgo (literalmente un "hijo de algo", un noble, aunque de escasa fortuna), muchas veces ocioso, le gustaba cazar, pero un buen día le dio por leer, encerrado en su librería o biblioteca particular, exclusivamente cierto tipo de libros:

> […] se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos (I, 1).

Queda así enunciado que la absorbente pasión del hidalgo manchego por la lectura de libros de caballerías, un género novelesco muy popular en el siglo XVI (aunque en la época en que se publicó el *Quijote* ya estaba en declive), es el hecho que origina todas las acciones posteriores de la obra y en torno al cual gira su argumento básico. La lectura se convierte desde entonces en la única ocupación diaria del bueno de Alonso Quijano. Y ya todos sabemos las consecuencias que acarrean al hidalgo esa entrega total al acto de leer libros de caballerías. Recordemos ese momento tan singular, ideado por Cervantes de un modo tan magistral y convertido desde hace cuatro siglos en página paradigmática del arte de narrar:

> En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele

de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (I, 1).

En una palabra, nuestro hidalgo se vuelve loco. Termina por confundir la ficción literaria con la realidad, o lo que es lo mismo, es incapaz de distinguir la realidad de la fantasía. Dice Martín de Riquer: "Lo esencial de la locura de don Quijote es que nace de los libros, frente a la letra impresa. Se trata de una enfermedad mental producida por la literatura, concretamente por un género literario: los libros de caballerías" (Riquer 121). Así pues, la desmesurada lectura de esos libros poblados por personajes y hechos desmesurados trastorna –y transforma– por completo su mente: Alonso Quijano desea imitar en todo a aquellos antiguos e imaginarios caballeros andantes y, por consiguiente, decide hacerse él mismo caballero andante, trocando su nombre por el de don Quijote de la Mancha, con el fin de "irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban" (I, 1). Como ha dicho el escritor mexicano Carlos Fuentes: "La identificación de lo imaginario con lo imaginario remite a don Quijote a la lectura. Don Quijote viene de la lectura y a ella va" (Fuentes 76). Puede afirmarse a este respecto que la lectura de los libros ya es en sí misma una aventura integral: la imprescindible e invalorable aventura de la imaginación y la creatividad humana. La lectura le da rienda suelta a la imaginación, y sin la imaginación el ser humano se reduce a su primitiva condición de bestia. El acto de leer nos redime de esa vil condición primigenia y nos eleva a una condición superior: la de bípedos inquietos dotados de sensibilidad y albedrío.

2. EL FESTÍN DE LOS LIBROS Y LA LECTURA

El sostenido contrapunto de libros y lecturas se extiende gozosamente a lo largo de las dos partes del *Quijote*. En tal sentido uno de los momentos más celebrados de la novela es el capítulo sexto de la primera parte, cuando el cura y el barbero llevan a cabo el tortuoso "escrutinio" de los libros pertenecientes a la biblioteca del hidalgo, los causantes de su locura. Cuando aquellos entran, acompañados de la ama y la sobrina, "hallaron más de cien cuerpos [volúmenes] de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños" (más adelante, en el capítulo 24, don Quijote se jacta ante Cardenio de la cantidad de sus libros, aumentándola: "Allí le podré dar más de trescientos libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida").

En el escrutinio, una especie de grotesca crítica literaria tras la cual algunos libros son censurados y otros salvados, pero la mayoría son condenados a ser que-

mados en el patio, se mencionan hasta doce títulos de libros de caballerías –entre ellos los dos más importantes: *Amadís de Gaula*, del que el barbero ha oído decir que "es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar", y *Tirante el Blanco* (o *Tirant lo Blanc*, en su original catalán), del que el cura dice que "por su estilo es éste el mejor libro del mundo"–, además de dos cancioneros poéticos, varios volúmenes de épica en verso –como *La Araucana* de Alonso de Ercilla– y de novelas pastoriles, entre las cuales se menciona "*La Galatea* de Miguel de Cervantes", uno de los muchos juegos irónicos a los que es tan aficionado el autor. Aquí habla el cura: "-Muchos años ha que es grande amigo mío este Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega" (I, 6). Como observa Borges en un ensayo memorable: "El barbero, sueño de Cervantes o forma de un sueño de Cervantes, juzga a Cervantes…" (Borges, "Magias…" 53).

Diversos personajes que aparecen y desaparecen dentro del inmenso maremágnum de la novela van señalados por su relación particular con los libros. Según señala Edward O. Riley en un estudio clásico sobre Cervantes: "Las vidas de las gentes se ven afectadas por los libros; la literatura es parte de su experiencia; la novela de Cervantes se refiere, entre otras cosas, a la influencia de los libros en la vida" (Riley 78). Veamos algunos ejemplos de la primera parte: del pastor Grisóstomo dice el cabrero que fue estudiante "muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído" (12); en la aventura de los galeotes, Ginés de Passamonte confiesa que está escribiendo su autobiografía titulada *La vida de Ginés de Passamonte*, que él mismo considera superior al *Lazarillo de Tormes* (22); la bella Luscinda le pide a su amado Cardenio "un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada" (24), mientras que el mismo Cardenio lleva en su maleta de viaje (hallada por Don Quijote y Sancho en Sierra Morena) "un librillo de memoria, ricamente guarnecido" (23); la no menos bella Dorotea confiesa que "había leído muchos libros de caballerías" (29); el canónigo toledano también se declara aficionado a los libros de caballerías y confiesa haber leído, "llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos" (47), y defiende sus valores positivos en fiera discusión literaria con el cura (47-48). Mención aparte del ventero que, aunque no sabe leer, guarda celosamente una vieja maleta olvidada por un huésped, en la que hay dos libros de caballerías, junto con la *Historia del Gran Capitán Gonzalo*

Hernández de Córdoba, y los manuscritos de la "Novela del curioso impertinente" (leída después por el cura a Sancho, Cardenio, Dorotea, el barbero y el ventero; 33-35) y de "Rinconete y Cortadillo", una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes (que solo se publicarían en 1613, mientras que la primera parte del *Quijote* lo fue en 1605). De tales libros y manuscritos confiesa el ventero que "verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre algunos que saben leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas" (32).

En la segunda parte, Cervantes lleva a extremos asombrosos de imaginación y audacia narrativa esta incontenible pasión por la lectura y los libros que anima a muchos de sus personajes, adelantándose en siglos a lo que hoy llamamos metaficción e intertextualidad, entre otros procedimientos del arte de narrar. No en vano se ha dicho repetidas veces que en la novela, Cervantes lo inventó todo o casi todo. Uno de los sumos maestros de la novela de nuestra época, Mario Vargas Llosa, así lo subraya: "Aunque no lo sepan, los novelistas contemporáneos que juegan con la forma, distorsionan el tiempo, barajan y enredan los puntos de vista y experimentan con el lenguaje, son todos deudores de Cervantes" (Vargas Llosa XXIII). Para el mencionado E. O. Riley, Cervantes "fue uno de los primeros escritores europeos –quizá el primero– que tuvo una teoría de la novela de considerable importancia" (Riley 340). Por su parte, el novelista español José María Guelbenzu escribió en 2005: "Leemos el *Quijote* no como verdad sino como verdad literaria y así, libre de ataduras y de convenciones, la novela se abre como un espacio de modernidad que se adapta a todas las épocas venidas y por venir" (Guelbenzu 69).

Muchos de los personajes de esta segunda parte ya han leído la primera parte del *Quijote* ("¡Un juego de espejos jamás visto antes!", dice el gran novelista checo Milan Kundera) –entre ellos los misteriosos duques, quienes en virtud de ese conocimiento libresco someterán al caballero andante y a Sancho Panza a una serie de burlas crueles–, y algunos –en otro alarde irónico de Cervantes– incluso han leído la "segunda parte" apócrifa, publicada bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda en 1614, obra oportunista que provocó el justísimo enfado de Cervantes y que, espoleado por ello, se apresuró a concluir y publicar su *verdadera* segunda parte (como regocijante venganza literaria, Cervantes se "apropia" de un personaje del *Quijote* de Avellaneda, don Álvaro Tarfe, y lo incorpora como tal personaje en el capítulo 72 de la segunda parte, y además le hace declarar que el don Quijote y el Sancho Panza de la segunda parte apócrifa no son los auténticos).

Entre otros muchos ejemplos de libros y lecturas de la segunda parte, el bachiller Sansón Carrasco le asegura a don Quijote que muchos opinan que la primera parte de sus aventuras "es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: 'Allí va Rocinante'" (II, 3); además, el mismo personaje nos da, según Riquer, "la primera 'bibliografía'" del *Quijote* (177), cuando aquel asegura que "el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes" (3); don Diego Miranda tiene en su biblioteca "hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas" (16); en el portentoso episodio de la cueva de Montesinos, el guía de don Quijote, a quien éste llama Primo, es un loco de la erudición que está escribiendo dos libros disparatados, *Metamorfoseos u Ovidio español* y *Suplemento a Virgilio Polidoro*, con los que Cervantes aprovecha para burlarse de los eruditos de su época (22); dos caballeros, don Jerónimo y don Juan, viajan con el libro apócrifo de Avellaneda en sus maletas y se lo leen mutuamente en voz alta (es don Juan quien pronuncia la muy conocida frase: "no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena", 59); y en Barcelona, don Antonio Moreno acompaña a don Quijote a visitar una imprenta, y entre los varios libros que se están imprimiendo está el fraudulento *Quijote* de Avellaneda, que motiva estas indignadas palabras de nuestro héroe: "Ya yo tengo noticia de este libro […], y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente, pero su San Martín se le llegará como a cada puerco" (62). Como vemos, se trata de una cadena interminable de libros y más libros, en función hiperbólica del festín insaciable de la lectura.

Además de todas estas sutiles inventivas, Cervantes, haciendo gala de una deslumbrante lucidez narrativa, juega también con el ahora tan teorizado y manoseado tema de la *autoría* de la obra literaria, eso que el narrador y ensayista venezolano José Balza llama "la deslizante identidad del autor" (Balza 47). El taimado narrador en primera persona que en las primeras líneas del *Quijote* nos dice "no quiero acordarme" –es decir, el mismo Miguel de Cervantes–, da paso a partir del capítulo noveno de la primera parte a otro narrador insospechado, mediante el hallazgo fortuito de ciertos "cartapacios y papeles viejos" escritos en otra lengua. Al final del capítulo anterior, donde se narra el episodio de la fiera pelea entre don Quijote y el vizcaíno, cuando ambos están con las espadas en alto, de pronto ese "primer

autor" detiene la acción y se disculpa de este modo: "en este punto y término deja pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas". Acto seguido, nos relata cómo halló el modo de continuar con su historia: "Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí eran arábigos" (I, 9). Como este narrador inicial no sabe árabe, pide a un "morisco aljamiado" (un árabe que habla castellano) que se los traduzca; este lee uno de esos papeles y comienza a reírse cuando traduce que una tal Dulcinea del Toboso "dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha", ante lo cual nos dice el primer narrador:

> Cuando yo oí decir "Dulcinea del Toboso", quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo* (I, 9).

Ejemplo emblemático de humor inteligente como pocos y de clarividente ejercicio de metaficción, el *Quijote* tenemos que leerlo a partir de este momento como la traducción del árabe realizada "en poco más de mes y medio" por ese morisco bilingüe (el narrador le paga con "dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo") de los cartapacios hallados por el autor inicial, que contienen la historia de don Quijote escrita por el supuesto "historiador arábigo" Cide Hamete Benengeli[3]. Aunque las argucias del hallazgo de misteriosos papeles o la traducción de un manuscrito exótico eran frecuentes en los libros de caballerías, partiendo de la parodia de ese artificio ingenuo Cervantes crea un juego intermitente de espejos narrativos y de diversos niveles de lectura: ¿quién narra y qué es lo realmente narrado?, ¿quién lee y qué es lo realmente leído?, ¿quién es realmente el autor/narrador?, ¿dónde se sitúan las fronteras entre el narrador y la materia narrada?[4] En este orden de ideas,

3 "El hecho –escribe Martín de Riquer– de que desde ahora en la redacción del *Quijote* intervengan tres personas (Cide Hamete Benengeli, el morisco que lo traduce al castellano y Cervantes) constituye una acertada ficción literaria que permite a nuestro novelista diferentes enfoques y le da la posibilidad de irse comentando a sí mismo" (144).

4 Dice E. O. Riley: "El *Quijote* es una novela de múltiples perspectivas. Cervantes observa el mundo por él creado desde los puntos de vista de los personajes y del lector en igual medida que desde el punto de vista del autor. Es como si estuviera jugando con espejos o con prismas. Mediante una especie de proceso de refracción, añade a la novela –o crea la ilusión de añadirle– una dimensión más. Anuncia esa técnica de los novelistas modernos mediante la cual la acción se contempla a través de los ojos de uno o más de los personajes en ella implicados, si bien Cervantes no se identifica con sus propios caracteres en el sentido acostumbrado" (71-72). Véase también Stephen Gilman (vid BIBL).

Borges, sagaz lector del *Quijote* (recordemos su soberbio cuento "Pierre Menard, autor del *Quijote*", incluido en *Ficciones*), hace hincapié en que "Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y el mundo del libro" (Borges 53).

3. LOCURA QUIJOTESCA VS. LOCURA TECNOLÓGICA

En 1975, cuando aún no existían las maravillas hipnóticas de internet ni la hoy en día avasallante telefonía móvil, Carlos Fuentes escribió a propósito del *Quijote*: "Es una maravillosa experiencia leerlo hoy, cuando el acto de la lectura ha sido condenado al basurero de la historia por los melancólicos profetas del milenio electrónico" (Fuentes 33). Tres décadas después el crítico literario Ángel Basanta, con motivo de los cuatrocientos años de la publicación de la primera parte del *Quijote*, dijo: "Vivimos en tiempos de muchas prisas, y esta novela es larga; las nuevas generaciones han nacido en la cultura de la imagen, con los más jóvenes fascinados por cantos de sirenas informáticas, y ello no invita a la lectura; hoy son otros los intereses". Basanta añade que el *Quijote* "constituye una magistral síntesis de vida y literatura, de vida soñada y vida vivida; afirma los más nobles valores del heroísmo; refleja los afanes y penares de la vida cotidiana; encarna una imperecedera lección de solidaridad, justicia y amor al bien […], y es un canto a la libertad" (Basanta 12).

El hidalgo manchego Alonso Quijano "el Bueno" se volvió loco leyendo muchos libros de caballerías, y gracias a ello se convirtió en el caballero andante don Quijote de la Mancha, cuyos ideales no son otros que luchar contra toda clase de injusticias, socorrer a los débiles y necesitados y reivindicar la libertad del hombre. Cabe decir que la suya es una locura positiva, creativa, vivificante, inspiradora, noble, porque esa locura significa para Alonso Quijano/Don Quijote trascender y rebelarse contra los límites e insatisfacciones que le impone la implacable realidad inmediata, para asumir otra vida ideal generada por los poderes de la imaginación literaria. Fernando Savater se refiere a ella como "la saludable locura quijotesca", porque se trata de "una prolongada batalla contra la necesidad mortal que agobia al hombre: un no dejarse morir, un resistirse a la parálisis de lo rutinario, lo realista, lo poco a poco aniquilador […]. Alonso Quijano se convierte en Don Quijote para escapar a la melancolía mortal" (Savater 60). Esa hermosa y "saludable" locura podríamos verla así como una impagable celebración de la literatura, el lenguaje, la imaginación, el humor, los ideales más altos, el amor, la libertad y la pasión de vivir.

Es cierto que la locura quijotesca también tiene sus efectos contraproducentes. Don Quijote siempre acaba sus aventuras golpeado, "molido a palos" y burlado. Es lo que sucede cuando se confunde la realidad con la fantasía, o, mejor, cuando la ficción interviene de modo decisivo en la realidad para modificarla, y por ello para Vargas Llosa el gran tema del *Quijote* no es otro que "la ficción, su razón de ser, y la manera como ella, al infiltrarse en la vida, la va modelando, transformando", lo que con otras palabras llama "proceso de ficcionalización de la realidad" (Vargas Llosa XV y XVII). Podemos rastrear la locura quijotesca en otras novelas influidas por la obra inmortal de Cervantes, y un ejemplo preclaro de ello es *Madame Bovary* (1856), de Gustave Flaubert. Su personaje principal, Emma Bovary, es una hermosa joven de provincias que para sobrellevar su insufrible vida conyugal –su marido es un médico caracterizado por una torpeza proverbial, encarnación del paleto provinciano– y su tedio vital, dedica gran parte de su tiempo a leer novelitas románticas, por lo que, al igual que el hidalgo Alonso Quijano, termina confundiendo la ficción con la realidad, y en consecuencia decide imitar lo que solían hacer las heroínas de aquellas novelitas rosa. Así, la dulce señora Bovary se entrega al adulterio, va de amante en amante y sus aventuras amorosas acaban siempre mal, con un desenlace trágico. Como observa la crítica italiana Anna Maria Bernardinis, "la realidad novelesca se antepone, para ambos personajes, a la cotidiana y mediocre realidad de su presente" (Bernardinis 62).

Ahora bien, en nuestro mundo actual se va imponiendo de modo irresistible, y casi se diría que definitivo, otro tipo de locura que es todo lo contrario de la vital e imaginativa locura quijotesca: no es otra que la que podemos llamar *locura tecnológica*. Y esta es una locura, por un lado, fascinante en tanto irreversible progreso en las comunicaciones y en sus posibilidades infinitas dentro del conocimiento humano, pero por el lado negativo, y dado que el ser humano es lo que es (recordemos a Einstein cuando se refirió a la infinita estupidez humana), se trata de una locura irremediablemente estúpida, idiotizadora, paralizante y opresiva. Puedo imaginar, ahora que la imaginación está siendo sepultada por el torrente devorador de la inane información y el flujo paralizante de imágenes que se anulan unas a otras, que en nuestra época don Quijote ya no arremetería con su vieja y justiciera lanza contra los molinos de viento creyendo que son gigantes, sino contra las pantallas de todos los tipos y tamaños que en aterradora cantidad ahora nos invaden, confundiéndolas con monstruos harto peligrosos. Su fiel escudero Sancho Panza ya no le instruiría diciéndole que "no eran molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en su cabeza" (I, 8), y más bien animaría a su señor al menos a contener

hasta donde fuese posible, respaldado por todo el legado de una civilización en trance de desaparecer, a un mundo entregado ciega y alegremente a la más insensata gigantomaquia tecnológica.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

En una entrevista de 2008, el novelista estadounidense Philip Roth, a la pregunta "¿Dónde están los lectores?", contestó lo siguiente: "Mirando las pantallas de sus ordenadores, las pantallas de televisión, de los cines, de los DVD. Distraídos por formatos más divertidos. Las pantallas nos han derrotado. […] La clave no es trasladar libros a pantallas electrónicas. No es eso. No. El problema es que el hábito de la lectura se ha esfumado. Como si para leer necesitáramos una antena y la hubieran cortado. No llega la señal. La concentración, la soledad, la imaginación que requiere el hábito de la lectura. Hemos perdido la guerra. En veinte años, la lectura será un culto" (cit. Ramos 239). No en veinte años, estimado señor Roth: sucede ahora mismo[5]. Hoy parece que lo confiamos todo, o casi todo, a artilugios milagrosos que pueden cambiar y mejorar nuestra vida, pero también empobrecerla y degradarla de modo irreversible[6]. El eminente helenista Francisco Rodríguez Adrados señalaba en 2002 que "hoy se mira más que se lee". Esta es la inquietante locura de nuestro tiempo: la locura, por definición anti quijotesca, de multitudes jubilosamente hipnotizadas e idiotizadas por pantallas. Una especie de borreguismo tecnológico obligatorio. El poeta César Antonio Molina, exdirector del Instituto Cervantes y exministro de Cultura de España, lo llama "colonialismo digital". Y nos obsequia con este sarcasmo a modo de pregunta metafísica: "¿También se puede llegar a Dios a través de Google?" (Molina, "La lectura…").

Si la locura de don Quijote es una enfermedad, en palabras de Fernando R. Lafuente (también exdirector del Instituto Cervantes) se trata más bien de "la enfermedad de quien ha descubierto en los libros que hay más vida que en la vida misma: la pasión de soñar". Suelo decir –y sin duda repito *ad nauseam* una profesión de fe muchas veces pregonada aquí y allá– que en gran medida soy lo que soy merced a una serie de lecturas. O a una misteriosa síntesis de lecturas. En otras palabras, soy en esencia el resultado de las lecturas que me han marcado, modelado, formado, alimentado, enseñado, emocionado, maravillado. Sin esas lecturas

5 Y no digamos ya en el ámbito de la educación. El profesor Salvador García Jiménez escribía hace veinte años: "Hoy, en cualquier centro de enseñanza, se tropieza uno con más televisores, ordenadores y radiocasetes que con libros" (76). Sustituyamos "radiocasetes" por teléfonos móviles, iPads u otro artilugio pantallesco y tendremos un paisaje reconocible.

6 César Antonio Molina ha dicho de los jóvenes actuales: "Han delegado su mente en una máquina, ahora su más fiel amigo" ("Democratización…").

aleatorias no sería el/lo que soy. Y esta es mi particular locura quijotesca, mi enfermedad libremente asumida: la loca pasión por los libros, el más estimulante bien cultural creado por el hombre, y la necesidad psíquica, religiosa, espiritual y física de leer. Sin los disparatados libros de caballerías no existiría la estimulante locura de don Quijote. Pero nada de esto tendrá ya ningún sentido en el reino tecnológico de la imagen y la mera información que se devoran a sí mismas, el bienaventurado reino del vacío infinito poblado por seres autistas en el que vivimos. ¿O penamos?

Comencé este trabajo citando al profesor Gómez Canseco y lo concluyo asimismo con palabras suyas, cuando poseído por la "saludable locura quijotesca" (Savater) nos invita a leer la gran novela de Cervantes, el libro por antonomasia de la literatura en lengua española, de este modo tan persuasivo y simpático: "Tonto el que no lo lea" (Gómez Canseco 14).

BIBLIOGRAFÍA

Balza, José. *Este mar narrativo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Basanta, Ángel. "Por qué leer el *Quijote*". *El Mundo*, "El Cultural" (22-abril-2005).

Bernardinis, Anna Maria. "Los peligros de la lectura y el caso de *Don Quijote de la Mancha*". *Revista de Educación* (2004): 61-66.

Borges, Jorge Luis. "Pierre Menard, autor del *Quijote*". *Ficciones*. Madrid: Alianza, 1971. 47-59.

-----. "Magias parciales del *Quijote*". *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza, 1976. 52-55.

Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Ed. F. Rico.

Madrid: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara, 2004.

Fuentes, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1991.

García Jiménez, Salvador. *El hombre que se volvió loco leyendo "El Quijote"*. Madrid: Ariel, 1996.

Gilman, Stephen. *La novela según Cervantes*. Trad. C. Ávila. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Gómez Canseco, Luis. *El Quijote, de Miguel de Cervantes*. Madrid: Síntesis, 2005.

Guelbenzu, José María. "El desvelamiento de la modernidad". *Claves de Razón Práctica*, 150 (2005): 68-69.

Kundera, Milan. "El *Quijote* y el arte nuevo". *El Mundo*, "El Cultural" (6-enero-2005).

Lafuente, Fernando R. "Del libro como una de las Bellas Artes". *ABC* (23-abril-2013).

Molina, César Antonio. "Democratización y odio intelectual". *El País* (31-octubre-2011).

-----. "La lectura secuestrada". *El País* (18-abril-2015).

Ramos, José. "Los libros, el conocimiento y las pantallas (Reflexiones en torno a una probable batalla perdida)". *Encuentros en Catay* 26 (2012): 238-250.

Riley, Edward O. *Teoría de la novela en Cervantes*. Trad. C. Sahagún. Madrid: Taurus, 1981.

Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acantilado, 2010.

Rodríguez Adrados, Francisco. "El libro es ya problemático". *El País* (4-junio-2002).

Savater, Fernando. "Don Quijote y la muerte". *Claves de Razón Práctica* 150 (2005): 59-61.

Vargas Llosa, Mario. "Una novela para el siglo XXI". M. de Cervantes. *Don Quijote de la*

Mancha. Edición del IV Centenario. Ed. F. Rico. Madrid: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara, 2004. IX-XXVII.

Villena, Luis Antonio de. "Conocido más que leído: *Don Quijote*". *Claves de Razón Práctica* 150 (2005): 73-74.